

## EL EVANGELIO DE LOS NIÑOS

La mirada total de los niños y la necesidad de ser como ellos  
para poder construir el Reino de los cielos.

Alberto Ramírez

Dentro de una visión histórica, evolutiva, del hombre, alcanzar una madurez siempre mayor es una tarea inacabable. A la luz de esta tarea se puede valorar lo ya alcanzado. El admirable progreso de la ciencia y de la técnica, con sus aplicaciones tecnológicas, es un signo de superación. Se puede decir que el hombre moderno no está sometido, como lo estaba el hombre primitivo, a la obediencia incondicional al ritmo de la naturaleza de la vida, sino que ha llegado a ser dueño y señor de este ritmo. Una interpretación religiosa de este fenómeno humano moderno, ha señalado que el verdadero sujeto de un encuentro con Dios no es el hombre indigente, en sus situaciones límites. Es necesario encontrar a Dios desde el centro de la vida, cuando el hombre es adulto y ha logrado afirmarse a sí mismo (cfr. Dietrich Bonhoeffer).

La psicología profunda ha corroborado la visión cultural antropológica. En ella se valora el alcance de la edad adulta, se crean o restauran las condiciones necesarias para que el hombre llegue a ser dueño de sí mismo y para que adquiera una mayor seguridad existencial. El ideal humano no es regresivo: no caminamos hacia atrás, sino hacia adelante.

Y, sin embargo, la afirmación según la cual "debemos ser como los niños" no ha sido ahogada por esa afirmación general del ideal de madurez del hombre adulto. Es cierto que hay cosas descartadas en eso de "ser como los niños". También es la psicología profunda la que desaconseja una fijación psicológica del hombre en el pasado de su infancia. Quedarse allá y no madurar hasta la afirmación de sí mismo, crea un desajuste grave en un hombre que de todas maneras camina en el tiempo hacia adelante. No es bien visto aquí el infantilismo. Un hecho negativo también frente a eso de "ser como los niños" es el rechazo cultural del romanticismo irrealista. Es cierto que la nostalgia del propio

pasado, de la infancia, es un sueño universal. Disfrutamos como un gozo el recuerdo de haber sido niños. Pero la recuperación del paraíso perdido no puede convertirse en actitud constante que inspira y mueve toda nuestra vida. Así vivido, sería este retorno una fuerza que no nos deja afrontar con realismo el presente y el futuro de la vida. Hay una desconfianza general en el mundo moderno, frente a un romanticismo irrealista.

Y sin embargo, esta palabra vieja, según la cual "tenemos que ser como los niños", es una palabra que se entiende bien y que se quiere acoger con entusiasmo en el presente. Ella no es incomprendible en el mundo moderno. Es, aún más, una hermosa propuesta que, acogida, ofrece al hombre la posibilidad de hacerse más humano. Dos caminos nos llevan a redescubrir y a valorar esta hermosa propuesta: el camino de la exploración histórico-cultural del hombre y el camino de la exploración psicológica profunda de la persona. Ambos caminos se encuentran en la meta.

### **1. La exploración histórico-cultural del hombre: la valoración de la mentalidad humana primitiva.**

Vivimos hoy en una época, en la cual se da una verdadera pasión por la recuperación del hombre total. La valoración del hombre primitivo ha contribuido a esta recuperación. Ha sido esta tarea no sólo esfuerzo de quienes por profesión estudian la historia, la sociología o la etnología de los pueblos primitivos, sino también esfuerzo humano general. Comulgan muchísimas personas en señalar, en principio, la pobreza, la limitación, el fracaso del hombre moderno, en el contexto de un cierto racionalismo. Se han preocupado estas personas por revalorar, en una perspectiva existencialista, las estructuras existenciales humanas por contraposición a las concepciones puramente racionales.

La historia de occidente es, hasta cierto punto, la historia de un racionalismo. Leer esta historia es descubrir los riesgos de una concepción racionalista del hombre. Reducido a su razón, el hombre es mutilado. Las raíces de esta historia están ya en la cultura antigua de los griegos: desde los presocráticos conocemos una victoria progresiva de la razón, que trata de superar las explicaciones falsas del mundo, que se desolidariza de las fábulas y establece una autonomía y un dominio de la razón sobre la naturaleza.

Pero esta victoria de la razón, en occidente, se presenta de una manera especial en la época moderna. Se puede decir que todo pensador ha buscado, en esta época, el establecimiento de una universalidad del pensamiento, basada en la razón. En el S. XIX, el cientismo hizo llegar a su punto culminante esta evolución: no hay nada válido por fuera de la ciencia positiva. Es cierto que la experiencia precede a la razón, pero esa experiencia no hace más que manifestar los hechos que deben ser reducidos a leyes racionales. Lo irracional no tiene sentido.

El hombre es un animal racional. El hombre es su cabeza. A pesar de

todo lo que hay de positivo en esta conquista racional, ella camina paralela con una pérdida lamentable: la pérdida de la irracionalidad, de la afectividad humana, del corazón. El hombre ha proclamado el reino de su razón, el dominio del espíritu, pero se ha incapacitado para valorar su corporeidad, su encarnación, su inserción en el mundo por el cuerpo. El cuerpo aparece no como principio de universalidad, sino como principio de individuación: el sentimiento no sirve como la razón para explorar la realidad y establecer la verdad. Nada extraño que al mismo tiempo se señale en el hombre un dualismo de alma y cuerpo: los sentidos nos inducen al error y oscurecen la razón. Sólo el entendimiento ve con claridad y juzga con verdad (cfr. Descartes, Spinoza, Leibnitz, Malebranche). Desde Descartes se perdió de vista que el hombre no sólo tiene un cuerpo, sino que es un cuerpo y no se puede definir sin él. La unión de alma y cuerpo es concebida como una violencia perjudicial. Para ser hombre de verdad, en un sentido noble, hay que olvidar el cuerpo, someterlo y hasta destruirlo. La reflexión se hace sin el cuerpo y a veces contra él. El hombre total ha sido olvidado. Lo único humano es la razón.

Y, sin embargo, en el momento en el cual la reducción del hombre a la razón alcanzaba su punto culminante, nos encontramos con una rebelión. El hombre buscaba recuperar su dimensión perdida. En el S. XVII, el pensador admirable que fue Pascal, redescubría el sentido de lo irracional: también se piensa con el corazón; hay razones que tiene el corazón que no son las razones de la cabeza. Es cierto que entonces la recuperación del corazón humano se hacía pagando el precio de la cabeza. Pero el itinerario trazado desde entonces ha conducido a una búsqueda de totalidad humana. La búsqueda ha sido muy fecunda. Es aquí donde se ubica el interés actual por revalorizar al hombre primitivo. No es el hombre primitivo un pobre hombre. Es el hombre total, que da pruebas de una gran sabiduría.

La revaloración del hombre primitivo coincide con la revaloración de la corporeidad humana. El redescubrimiento del sentido del cuerpo ha suscitado una nueva antropología. En el hombre primitivo, la posesión feliz de la corporeidad es un dato constitutivo. Capaz de valorar el cuerpo, el hombre primitivo era capaz de una comprensión total de todo lo que existe. Para ese hombre, no reducido a la cabeza, la vida es un drama total, que incluye aún las dimensiones que se escapan a la razón. El intelectualismo no está en capacidad de comprender el sentido total de la vida. La capacidad del hombre primitivo es capacidad de vivirlo todo desde dentro y de no separar como cosa solamente interesante la que tiene un sentido racional. La presencia en el mundo del hombre primitivo es una presencia total y también es total el mensaje de este mundo que él capta desde dentro.

Es muy hermoso el mundo del hombre primitivo. Es muy hermosa su capacidad de percepción. No es él ciertamente un ideal último en

sentido cronológico, pero sí un ideal de integridad. El hombre primitivo no vive desgarrado interiormente. Pensar para él es vivir; mirar la realidad para él es percibirla. Todo esto lo ha hecho posible su posesión luminosa del cuerpo. Desde ahí tiene el hombre primitivo una capacidad integral de no mirar con los solos ojos de la razón, ni tampoco con los sólo ojos del corazón. Su mirada es total, diáfana y translúcida. Se ejerce desde dentro de la realidad y permite asumir totalmente el mensaje profundo de las cosas, su belleza y su significación. Se ejerce esta mentalidad también en relación con los demás: pero aquí, vivir es convivir; vivir es amar. No se mira al otro desde fuera, sino que se vive con él desde dentro. Ni el que mira se mutila, ni mutila a aquel a quien mira. El diálogo de amor no es de razón a razón. Mas bien de corazón a corazón. O mejor, de mirada total a mirada total, en una compenetración que se ejerce desde dentro. Todo el hombre ama y todo el hombre es amado.

Es hermoso el mundo efectivo del hombre primitivo. No es difícil encontrarlo. Se pasea por las calles, trabaja en las montañas, existe a nuestro lado. Es una gran experiencia encontrarnos en la vida a un hombre primitivo. Algunas veces, cuando no estamos nosotros mismos mutilados, nos cautiva el encuentro de personas cuya riqueza humana no es cuestión de ciencia, cuyo valor humano no es cuestión de prestigio, de dinero, de poder, de motivos exteriores. Pero es también hermoso saber que, en potencia, existe en cada uno de nosotros el hombre primitivo, dispuesto a despertar. No es él un ideal último. El corazón y la razón humanas se agudizan con el tiempo. Es inevitable y plenamente valioso progresar y llegar a ser un hombre adulto y moderno. Pero si el progreso significa que en el hombre moderno ya no late el hombre primitivo, ese hombre que progresa se ha empobrecido humanamente. No es un hombre definitivamente mejor aquel que agudiza sin límites su capacidad racional, tampoco sería ideal la agudización exclusiva del corazón humano. Pero la capacidad total del hombre culmina, en cierta forma, en la experiencia afectiva. En último término, llegar a ser humano es llegar a saber con la sabiduría total del amor.

## **2. La exploración psicológica del hombre: valoración psicológica de la mentalidad del niño.**

No es otra la meta que se alcanza, cuando se busca por el camino de la exploración del individuo. La psicología profunda ha buscado deshacer el camino que transcurre desde el niño hasta el adulto. Y al regresar al niño, ha tocado de nuevo la psicología el fondo de todo lo humano. Si la exploración cultural nos mostraba lo admirable que es ser todos en el fondo como el hombre primitivo, la exploración psico-analítica nos muestra ahora lo admirable que es ser todos niños en el fondo de lo humano.

En el alma de todo hombre es posible encontrar diversos estratos: el más primitivo, el primero, es el del niño. Este estrato que perdura, se mantiene siempre activo y ordena toda la evolución personal. Nadie se acuerda de él, pero siempre existe y reaparece. La totalidad original de la persona que caracteriza al niño, resurge siempre como búsqueda de un paraíso perdido, sin conflicto. En el inconsciente de todo hombre persiste un deseo original, que se identifica con la búsqueda de la felicidad total.

En el ejercicio del amor humano adulto, esta búsqueda del niño es uno de los elementos componentes: no es el único, pero sí es uno indispensable. El hombre total es el gran recuerdo que subsiste en el inconsciente humano. El niño no muere en nosotros. El deseo de ser acogido, de perderse en el seno apacible de un mundo infinito y absoluto es una experiencia de felicidad total. Pero también es un componente del amor humano el deseo de afirmarse: es la otra cara en el ejercicio del amor. No es aquí donde resurge el niño: mas bien la propia identidad solitaria y autónoma.

En fin, tanto la antropología cultural, al valorar al hombre primitivo, como la psicología profunda al valorar al niño, han llegado a una meta común. El hombre total, el hombre integral, no descuartizado, es el hombre ideal: el que es capaz de vivirlo todo desde dentro, el que es capaz de reposar totalmente en la confianza y en la entrega. La historia futura podrá vivirse y se podrá llamar progreso, pero a condición de no sacrificar el fondo sublime que es realidad dispuesta siempre a resurgir. Desde ahí se ve la totalidad de la verdad; se disfruta la totalidad de la belleza, se hace posible el amor en plenitud.

### **3. Es posible “ser como los niños”?**

El niño latente en todo hombre puede ser realidad. Es posible llegar a ser efectivamente como niños, sin sufrir los males del infantilismo y los del romanticismo. En una época como la nuestra, en la que el niño que hay en nosotros, ha sido reprimido y acallado por una actitud también humana, pero parcial, la de la mentalidad racional, hay hermosos testimonios sobre la importancia de volver a poner en acción nuestra dimensión escondida.

No hace mucho tiempo que vivió un hombre, cuyo gran mérito fue la capacidad de proclamar la necesidad de rehabilitar la dimensión humana más profunda. No es de extrañar que fuera este hombre el que en toda su obra demostró ser un vocero del programa de humanización de la cultura contemporánea. No es extraño tampoco que hubiera sido él el cantor de los valores del amor y la amistad, en términos hermosos como éstos: “Amar no es mirarse el uno al otro; amar es mirar juntos en la misma dirección” (Terre des hommes). Este hombre era Antoine de Saint-Exupéry.

El mensaje de Antoine de Saint-Exupéry es fascinante: en todo



hombre, aunque sea adulto, hay una dimensión que duerme y puede despertar. El autor de "El Principito" lo anuncia y lo desea. Como en él, el principito puede surgir en todo hombre. Su despertar, en el hombre moderno, permite abrir la totalidad de la existencia a un horizonte nuevo y cautivante. La pérdida de la capacidad de mirar con la mirada total ha significado para el hombre moderno la pérdida del poder de captación del mensaje profundo de todo lo que existe. No se esconde una pobreza impresionante en la riqueza admirable racional y técnica, modernas?

"Las personas mayores son decididamente muy extrañas", confiesa el principito.

"Las personas mayores nunca comprenden nada por sí solas y es agotador para los niños tener que darles siempre y siempre explicaciones".

"Las personas mayores aman las cifras. Cuando les habláis de un nuevo amigo, no os interrogan jamás por lo esencial. Jamás os dicen: Cómo es el timbre de su voz? Cuáles son los juegos que prefiere? Colecciona mariposas? En cambio os preguntan: Cuántos años tiene? Cuántos hermanos tiene? Cuánto pesa? Cuánto gana su padre? Sólo entonces creen conocerle. Si decís a las personas mayores: he visto una hermosa casa de ladrillos rojos con geranios en las ventanas y palomas en los techos. . . no acertarán a imaginarse la casa. Es necesario decirles: He visto una casa de cien mil francos. Entonces exclaman: qué hermosa es!".

"Si les decís: la prueba de que existe el principito es que era encantador, que reía y que quería un cordero y que querer un cordero es prueba de existir, se encogerán de hombros y os tratarán como se trata a un niño. Pero si les decís: "vino de un planeta, el asteroide B612, entonces quedarán convencidos y os dejarán tranquilos sin preguntaros más. Ellos son así y no hay que reprocharles. Los niños deben ser muy indulgentes con los grandes".

No es ésta una hermosa descripción de la oposición entre el pensamiento de los grandes y el pensamiento de los niños? El hombre grande no vibra fácilmente con el timbre de una voz, ni con los juegos y las mariposas de un amigo. Ni sabe del encanto de los ladrillos rojos, de los geranios y de las palomas en los techos. No entiende el encanto, la sonrisa y el amor por un cordero. Sabe sí de números de años y de hermanos y de pesos y medidas.

Antoine de Saint-Exupéry señala:

"Pero claro está, nosotros que comprendemos la vida, nos burlamos de los números. Hubiera deseado comenzar esta historia a la manera de los cuentos de hadas. Hubiera deseado decir: había una vez un principito que habitaba un planeta apenas más grande que él y que tenía necesidad de un amigo. . . Para quienes comprenden la vida, habría parecido mucho más cierto".

La admirable historia del hombre moderno está conjugada con su

miseria. La agudeza progresiva de su mente y su poder, le ha hecho correr el riesgo de parcializar su existencia. Antoine de Saint-Exupéry hace eco, después de dos siglos, al extraño secreto de Pascal, revelado ahora por el zorro:

“No se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos”.

El principito que se ha despertado comprende ahora por qué una rosa es única entre miles; por qué un amigo es único entre miles. El corazón tiene sus razones que no son las razones de la cabeza; son más profundas que las de la cabeza.

El reencuentro de esta sensibilidad humana total hace posible el cultivo de los mejores valores de la vida. Es también Antoine de Saint-Exupéry quien no se contenta con hablarnos del valor de la flor del principito, sino el que predica el mensaje del amor noble, de la amistad indispensable:

“Hace seis años que mi amigo se fue con su cordero. Si intento describirlo aquí es para no olvidarlo. Es triste olvidar a un amigo. No todos han tenido un amigo”.

Se ve muy profundamente con los ojos de los niños; se ve con ellos todo lo que intenta ver el hombre primitivo. Vale la pena ser como los niños.

#### 4. “Si no os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los cielos”.

La invitación a ser como los niños, que más ha resonado en la historia humana ha sido la de Jesucristo. O podría alguno de nosotros citar a algún hombre que haya dicho esto y cuya palabra haya resonado tanto? Quién de nosotros, si oye decir que hay que ser como los niños, no piensa en Jesucristo? Pero eso no es todo lo que dijo Jesucristo. Lo que él dijo no es igual a lo que decimos cuando hablamos del hermoso mundo del hombre primitivo o del maravilloso encanto de los niños. No se podría reemplazar sin más el texto evangélico por las admirables páginas de Antoine de Saint-Exupéry.

Por qué? En la mirada de Jesús sobre los niños y en sus palabras sobre ellos se revela un poder original. Hasta cuando somos capaces de entender que los niños son intérpretes originales del mundo y hasta cuando estamos en capacidad de interpretar el mundo como ellos, no hacemos más que abrir el primer momento que conduce al evangelio. Porque el evangelio habla de ahí en adelante. La palabra de Jesús sobre los niños es un verdadero “**evangelio de los niños**”: la buena nueva de los niños. Para Jesús, no se puede entrar en el Reino de los cielos, si no se es como los niños. Qué quiere decir con esto Jesucristo?

El Reino de los cielos es el Reino de Dios. No solamente, ni tampoco propiamente, el reino de otro mundo y el reino de otro tiempo. Es el

reino de los hombres, vivido y realizado por ellos desde la profundidad de Dios.

Qué se necesita para tomar parte en este Reino? La lógica del Reino de Dios, de la que habla Jesucristo, es una lógica extraña. Y sin embargo, es una lógica maravillosa. Es la lógica de Dios. A diferencia de lo que pensaban sus hermanos, los judíos, Jesucristo no decía que el Dios de este Reino es el señor implacable en su justicia, medidor matemático de la conducta de los hombres, juez indiscutible ante quien nunca es posible cambiar la suerte que nos hemos merecido. El Dios de este Reino es un padre de misericordia. Su lógica no es la de esta justicia, sino precisamente la de la misericordia. El amor de la misericordia es lo que hace de él un padre, a quien Jesús se atreve a llamar con el cariñoso vocablo utilizado por los niños para dirigirse a sus padres: Dios es "abbá", "papá". Sólo esta lógica de la misericordia explica el que el hijo que ha abandonado la casa paterna y despilfarrado la herencia, se convierta en el centro de una gran fiesta familiar; sólo ella explica el que un hombre publicano que confiesa que es un pobre pecador, haya salido del templo justificado; sólo ella explica el que los publicanos, los pecadores y los gentiles precedan a los fieles judíos en el Reino de los cielos.

"Este Dios es un buen Dios, que se solidariza plenamente con los hombres, con sus necesidades y esperanzas: que no pide, sino que da; que no humilla, sino que eleva; que no hiere, sino que cura; que trata con indulgencia a quienes, transgrediendo su ley atentan contra él; que en vez de condenar perdona, en vez de castigar libera, en vez de imponer el derecho ejercita la gracia; que encuentra alegría mayor en la conversión de un pecador que en 99 justos; que prefiere el hijo pródigo al que permaneció en casa, los publicanos a los fariseos, los herejes a los ortodoxos, las prostitutas y los adúlteros a sus jueces, los transgresores de la ley o los sin ley a los guardianes de la ley" (Hans Küng. *Existe Dios?* p. 918). En el contexto de esta lógica del padre de la misericordia, la felicidad verdadera que acompaña a quienes realizan el Reino de Dios, es una felicidad extraña a la mirada superficial y ordinaria de los hombres. Y sin embargo, esa es la verdadera bienaventuranza, en la cual se ejerce de manera maravillosa la misericordia de Dios:

**Cfr. Mt. 5, 3-12: la conducta humana según la lógica del Reino de Dios, el padre de la misericordia:**

"Felices son los pobres en el espíritu: ellos son los que hacen el Reino de los cielos.

Felices son los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

Felices son los que lloran, porque ellos serán consolados.

Felices son los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

Felices son los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.



Felices son los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Felices son los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Felices son los que padecen persecución por la justicia, porque ellos son los que hacen el Reino de los cielos”.

No es extraña esta lógica del Reino de los cielos? No parece mas bien una contradicción en los términos? Según la lógica de Jesucristo, la lógica del Reino de los cielos: ser grande es ser pequeño; ser feliz es ser pobre; reinar es servir; vivir es morir. Es dentro de esta lógica donde resuena muy bien el “evangelio de los niños”: solamente pueden realizar el Reino de Dios los que llegan a ser como los niños.

En el evangelio, los niños son la personalización misma de lo pequeño e insignificante. Ellos son capaces de experimentar hasta lo más profundo la angustia de la vida: no es impresionante el temor de un niño? Ellos tienen en el mundo con frecuencia razón para llorar. Para qué sirve un niño? A qué se llegaría si la vida de los niños se juzgara con criterios de utilidad? Hay alguien más inválido que un niño? Hay alguien más indefenso que un niño? Hay alguien más pobre que un niño? Qué título de propiedad posee un niño? Es ésta la realidad a la cual se refiere el evangelio, cuando habla de los que pueden entrar en el Reino de Dios. No a la situación idealizada de la infancia. Ni siquiera al conocido tema de la inocencia de los niños: la limpieza de corazón que permite ver a Dios es la mirada total de quien es capaz de vivir en la confianza. La verdadera grandeza de un hombre es poder experimentar la confianza que ofrecen los brazos de un padre y el regazo de una madre.

Mt. 18, 1ss.: “En aquel momento se acercaron los discípulos a Jesús diciendo: quién será el más grande en el Reino de los cielos? El, llamando a sí a un niño, le puso en medio de ellos y dijo: en verdad os digo: si no os volviéreis y os hiciéreis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos. Pues el que se humillare hasta hacerse como un niño de éstos, ese será el más grande en el Reino de los cielos”.

Ser como los niños es pues:

— Poder mirarlo todo de otra forma, con la mirada que simbólicamente hemos llamado la mirada del corazón y que sólo se entiende en contraposición con la mirada racional, si ésta se ha absolutizado. Mirar así es una gran dicha, es ser bienaventurados: la translucidez de esta mirada es la verdadera pureza de corazón que sí es capaz de comprender todo lo profundo. Humanamente hablando, esto es una gran sabiduría.

— Pero el “evangelio de los niños”, “el tener que ser como los ni-

ños para entrar en el Reino de los cielos”, es algo más. En la lógica de Jesucristo, es la capacidad de hacer este Reino, el Reino de un Padre, en el cual lo único que cuenta, desde el hombre, es la confianza que puede mostrar quien es tan desvalido como un niño. El “ser como los niños” de Jesucristo, significa entender la gran noticia salvadora de que Dios es un Padre y que su criterio es el del amor; de que se puede creer y confiar siempre, porque hay unos brazos y un regazo de misericordia que permiten siempre tener seguridad.

El evangelio es a la vez la afirmación de un Dios Padre y la afirmación de la confianza que puede tener todo hombre y que permite reemplazar con ésta, la primera de las bienaventuranzas: “Bienaventurados los que llegan a ser como los niños, porque de ellos es el Reino de los cielos”.